

LOS DIARIOS DEL OPUS DEI

Por Antonia Cundy

Reportera de investigaciones especiales del Financial Times

Cómo se obligó a niñas de todo el mundo a prestar décadas de extenuante servicio a la secta católica secreta Opus Dei.

Habían pasado más de 40 años desde que Anne Marie Allen vivía y trabajaba en Ballyglunin Park, pero todavía tomaba el camino de servicio hasta la casa.

Aparcamos a la sombra de la gran mansión gris y un joven salió para llamarnos desde el fuerte viento irlandés. Anne Marie me dedicó una pequeña y tensa sonrisa.

La familia del hombre compró la propiedad hace unos años y poco a poco la fue restaurando a su antiguo esplendor. Pero todavía no habían tocado los sótanos ni el ruinoso patio anexo del establo. Eso es lo que habíamos venido a ver. Nos condujo escaleras abajo, hacia un laberinto de habitaciones que olían como si estuvieran bajo tierra. “Aquí abajo era como una película de terror”, dijo.

Anne Marie pasó la mano por el muro de piedra. Es una mujer vivaz de poco más de sesenta años, tiene ojos pequeños y brillantes y un rostro cálido y amable. Se imaginó de nuevo como una niña, corriendo por los pasillos con su uniforme de lana verde. Seguimos por un pasillo, donde un cristal esmerilado de color sepia inundaba una capilla con un amanecer artificial. Las estanterías yacían desordenadas por la habitación, sus volúmenes: La Enciclopedia Católica, Conversaciones con San Josemaría Escrivá—, cubiertos de polvo. Cada uno llevaba el sello “Centro de conferencias Ballyglunin Park”.

Anne Marie se dirigió hacia una puerta con paneles de madera que había en un rincón. En el interior, apenas más grande que un armario para abrigos, había un confesionario, un pequeño reclinatorio frente a una celosía. Cuarenta y seis años antes, fue aquí donde un sacerdote sugirió por primera vez que Ana María se uniera al Opus Dei. Tenía 15 años y había venido a Ballyglunin para realizar un curso de restauración. Pero a los pocos meses se comprometería a realizar años de servicio doméstico no remunerado para una de las organizaciones más poderosas de la Iglesia católica.

Hoy en día, el Opus Dei cuenta supuestamente con 95.000 miembros en todo el mundo, algunos de ellos muy influyentes. En Estados Unidos, por ejemplo, el Centro de Información Católica, un espacio para eventos dirigido por sacerdotes del Opus Dei, afirma que su capilla es el “tabernáculo más cercano a la Casa Blanca”. Sus partidarios han sido fundamentales para la toma conservadora del poder judicial estadounidense.

Miembros de alto perfil del Opus Dei en otros lugares incluyen al fallecido Luis Valls, ex presidente del Banco Popular, Patrick Njoroge, actual gobernador del Banco Central de Kenia, y Guillermo Lasso, presidente de Ecuador hasta el año pasado. Dentro de la Iglesia, miembros del Opus Dei han estado a cargo de la oficina de prensa del Vaticano y de su banco.

Conexiones como estas alimentaron la descripción hiperbólica y nefasta del Opus Dei en el thriller de Dan Brown de 2003, *El código Da Vinci*, y su posterior adaptación cinematográfica. Desde entonces, la posición de élite de sus miembros ha alimentado la especulación sobre la influencia del grupo en los negocios, la educación y la política.

Mucho menos conocidas son las mujeres cuyo trabajo ha apuntalado al Opus Dei durante décadas. Llamadas “numerarias auxiliares”, que entregan su vida a la organización como trabajadoras domésticas. En muchos casos lo han hecho sin remuneración y en contra de su voluntad.

Anne Marie fue una de las 16 ex numerarias auxiliares con las que hablé y que trabajaron como empleadas domésticas no remuneradas para el Opus Dei de 1977 a 2020 en Europa, Estados Unidos, África y América Latina. Reclutadas como niñas de entornos rurales y de clase trabajadora, con la premisa de recibir una educación, las mujeres dijeron que fueron obligadas a realizar servidumbre doméstica (en realidad, esclavitud moderna) a través de un rígido sistema de control psicológico. Cuando finalmente consiguieron abandonar el Opus Dei, no tenían nada a su nombre. Algunas estaban registradas para recibir contribuciones mínimas a la seguridad social, pero muchas no. La mayoría ni siquiera tenía cuentas bancarias.

Las mujeres que aparecen en este artículo son las primeras en hablar públicamente sobre el trato que el Opus Dei da a las numerarias auxiliares en el mundo occidental. Lo hacen en un momento en el que el estatus de la organización dentro de la Iglesia está cambiando y ha tenido que cuestionar algunos de sus principios fundacionales, incluido el papel de sus trabajadoras domésticas. Pero en Ballyglunin, Anne Marie quería una respuesta en particular: ¿cómo es que una organización de personas que intentaban llevar una vida virtuosa acabó causando tanto daño? “El día que llegué aquí, mi vida cambió para siempre”, dijo. “Fue devastador lo que me pasó a mí y a otras aquí. Yo era una niña, ¿sabes?”

Teena, Irlanda

La puerta se cerró de golpe como un pistoletazo de salida. Instintivamente, Teena Fogarty corrió. Oyó el periódico de su padre golpear el suelo de baldosas mientras él se levantaba para perseguirlo. Una vez fuera, saltó el muro bajo que se estaba desmoronando al final del jardín, a través de las ortigas y las zarzas, y pasó junto al coche oxidado en el campo.

Pero su padre superó fácilmente a la joven. Teena se quedó paralizada, de espaldas a él, y encorvó los hombros. Perdió la cuenta de qué golpe finalmente rompió la percha de madera que él había traído consigo. “Mira lo que me obligaste a hacer”, gritó su padre.

Los Fogarty eran muy conocidos en Ballyroan. Eran la familia más numerosa del pueblo. La mayoría de los demás tenían entre cinco y siete hijos; los Fogarty tenían 13. Teena era la cuarta más joven. Cuando la familia se reunía alrededor de su mesa para el almuerzo del domingo, debían hacerlo en dos sesiones. Los Fogarty vivían en Main Street, una de las dos calles del pueblo. Tres veces por semana caminaban por la otra, Chapel Street, para ir a misa.

Si los niños no estaban en la iglesia o en su escuela monástica, estaban al aire libre. Inventaron juegos para jugar en los ríos y colinas circundantes. Los veranos eran para "arrancar" manzanas de los árboles de los vecinos y trepar a lo alto de los fardos de heno. Cuando regresaron a casa, encontraron una nota de su padre sobre la repisa de la chimenea: “Confesión a las 7”, firmada “el Jefe”.

El padre de Teena trabajaba como sastre en el pueblo más cercano. Los domingos, su día libre, eran malos. Sentado a la cabecera de la mesa, predicó durante horas. Su fe estricta y punitiva eclipsó todo lo demás. Callada y diminuta, Teena inclinó su cabeza de fino cabello rubio y murmuró las palabras del rosario que no conocía.

Anne Marie, Irlanda

Anne Marie le pasó la foto de un hombre a la chica que estaba a su lado. De rostro cuadrado, pelo oscuro con raya marcada a la izquierda, llevaba gafas gruesas y una larga sotana negra. Su nombre, dijeron las elegantes mujeres paradas frente a la docena de jóvenes, era monseñor Josemaría Escrivá. Para ellos, él era “nuestro Padre”, el fundador del Opus Dei. Les mostraron a las niñas fotografías de la ornamentada cripta de Roma donde fue enterrado.

Escrivá fundó el Opus Dei en España en 1928, para ayudar a los católicos comunes y corrientes a ser santos a través del trabajo diario. Traducido del latín, Opus Dei significa “obra de Dios”, y el joven sacerdote español dijo que la idea se le ocurrió en una visión. No era necesario que la gente ingresara a un convento o monasterio para comprometerse con la fe, dijo Escrivá. Podrían ser abogados, profesores o funcionarios y aun así atender a su vida con un significado trascendental. El Opus Dei les mostraría cómo hacerlo.

Cuando Anne Marie llegó a Ballyglunin a finales de los años 1970, el Opus Dei era una potencia en ascenso en la Iglesia católica. Su influencia había crecido durante la dictadura española de Francisco Franco. Juan Pablo II, defensor de Escrivá, acababa de ascender al trono papal. Pronto haría del Opus Dei una “prelatura personal”, única de este tipo en la Iglesia. Al igual que una diócesis, la organización estaba compuesta por laicos y clérigos y estaría dirigida por un obispo. A diferencia de una diócesis, la membresía no estaba definida por la geografía. Fue global. El máximo responsable del Opus Dei dependía directamente del Papa.

La creciente influencia del Opus Dei había alterado las filas religiosas. Los jesuitas fueron particularmente críticos. Alegan públicamente que sus prácticas (incluido un celo febril por su

fundador y la tendencia de los miembros a no revelarse a extraños) eran masónicas y heréticas. Escrivá, decían, era un elitista acaparador de poder y el Opus Dei parecido a una santa mafia.

Anne Marie nunca había oído hablar de Escrivá antes de llegar a la escuela de restauración del condado de Galway. Tenía 15 años y la imponente casa de campo gris podría haber sido sacada directamente de su imaginación, con sus torres como las que imaginaba en el internado de niñas en sus libros favoritos de Enid Blyton. Las mujeres que la saludaron olían a caro. Llevaban blusas recién planchadas y elegantes faldas hechas a medida, de lana finamente tejida. Tras hablar de Escrivá, pidieron a los alumnos que les hablaran de ellos mismos.

Anne Marie era de un pueblo del condado de Cork, donde se había criado con la música, la danza y los cuentos del Gaeltacht irlandeses. Era tímida pero fogosa y había decidido que quería ser chef. Cuando ese otoño llegaron a su pueblo dos mujeres que le ofrecieron cualificaciones en restauración y luego empleo, Anne Marie no podía creer su suerte.

Teena, Irlanda

Teena estaba de pie, con la cabeza inclinada, frente a una estatua de la Virgen María. Una mujer española mayor, Concha Montero, dirigió una oración junto a ella. Teena, que ahora tiene 16 años, se había acercado a Montero en las semanas transcurridas desde que llegó a Crannton, la escuela de restauración de Dublín que su madre había visto anunciada en la revista *Irish Countrywoman* ese verano de 1978.

La convocatoria ofrecía a las adolescentes un curso de dos años sobre gastronomía y administración del hogar, en el que “se da una amplia gama a los deportes y aficiones”. El padre de Teena aprobó una residencia exclusivamente para niñas, particularmente cuando supo que había una capilla católica en el lugar. El anuncio no hacía ninguna mención al Opus Dei.

Montero, una de las mujeres que dirigía el centro, pronto le pidió a Teena que la acompañara en paseos y oraciones y las llenó de historias sobre Escrivá. Hablaba con un acento que Teena nunca había oído antes, su inglés entrecortado salpicado de español. El fundador fue llamado “nuestro Padre”, explicó Montero, porque Dios le había mostrado la necesidad de una nueva familia dentro de la Iglesia. Era importante que todos los centros del Opus Dei se sintieran también como un hogar. Escrivá creía que eso requería el toque de una mujer.

Las mujeres y niñas de Crannton, según supo Teena, eran la “Administración”, término que se refiere tanto a las mujeres responsables del trabajo doméstico en un centro del Opus Dei como a la zona en la que viven. Algunos miembros del Opus Dei son célibes y Escrivá pensó que era mejor evitar la tentación. Por eso los centros del Opus Dei están estrictamente segregados por sexo. Las ubicaciones se eligen por su capacidad para ocultar la Administración a los residentes masculinos, con entradas separadas, paredes divisorias y puertas interiores con doble cerradura. Según las directrices internas del Opus Dei de la época, hombres y mujeres no debían hablarse, verse ni saber sus nombres.

En realidad, las chicas de Crannton conocían los nombres de los hombres por las etiquetas bordadas en su ropa interior, que lavaban y devolvían a sus habitaciones. Cuando Teena sirvió

la comida a los hombres, lo hizo en silencio mientras ellos miraban al frente. Sólo vieron sus manos enguantadas de blanco. “La Administración perfecta”, decían entonces las directrices internas del Opus Dei, “ni se ve ni se oye”.

Algunos de las estudiantes de Crannton se rebelaron. Estaban enojadas por tener que ir a misa todos los días, cocinar y limpiar sin parar con pocas lecciones formales y las restricciones por la televisión. Una noche, cuando una chica de Dublín puso “YMCA” de Village People en el tocadiscos, uno de los directores irrumpió en la habitación y rompió el disco sobre su rodilla. “Esta canción es obscena, anima a la gente a ser pecaminosa”, amonestó el director.

Teena prefería intentar complacer a las mujeres que dirigían la escuela. Montero's

La atención, en particular, la deslumbró. Le dio pequeños regalos a Teena: el último dedal de su frasco de perfume o chocolates normalmente reservados para las bandejas de plata que dejaban en la residencia de hombres. A Teena le encantaba caminar a su lado, maravillándose con sus pañuelos de seda y sus perlas.

Frente a la estatua, Montero hablaba de la madre y la hermana de Escrivá, de cómo se habían santificado dedicando su vida al cuidado de su hogar. “¿Qué ves para tu vida, Teena?” — Preguntó Montero.

“No estoy seguro, señorita. Me gustaría terminar mis estudios, conseguir un buen trabajo, supongo. Y tener una familia”.

“Oh”, dijo Montero. “Eso no es tan noble, ¿verdad? Necesitas abrir tu corazón y escuchar a Dios, Teena. Creo que podrías tener vocación”. Ella esbozó una leve sonrisa. “¿No te gustaría hacer algo más grande con tu vida?”

Ana María, Roma

"Siéntate aquí conmigo, Anne Marie". Noreen Quinn señaló un banco debajo de un busto de mármol, brillando en un nicho de la cripta. Sacó papel y lápiz de su bolso. “Podrías escribirle la carta al Padre ahora”, sugirió Quinn.

Ana María vaciló. Habían pasado seis meses desde que vio por primera vez fotografías de Escrivá. Ahora estaban sentadas dentro de su cripta en Roma. Algunas de las chicas, las más prometedoras, habían sido llevadas a Italia para la reunión anual del Opus Dei durante la Semana Santa, donde el Papa Juan Pablo II había prometido una audiencia a las estudiantes. Anne Marie solicitó el pasaporte y probó por primera vez naranjas sanguinas y helado.

El curso de catering de Ballyglunin no había sido lo que esperaba. Cuando su tía, profesora, le preguntó sobre el plan de estudios, ella no supo qué decir. Los estudiantes cocinaban y limpiaban todo el día para los invitados a los retiros religiosos en la casa grande. Se sentía como un trabajo, no como un aprendizaje. Cuando las mujeres que dirigían los retiros les permitían un descanso, a menudo llevaban a una niña a caminar. Fue en uno de esos paseos cuando Anne Marie escuchó por primera vez hablar de las vocaciones.

La vocación del Opus Dei puede adoptar muchas formas. Más de 20.000 de sus miembros son célibes, la mayoría de los cuales viven en instalaciones estrictamente separadas por sexos. Los

“numerarios”, como se les conoce, pasan grandes periodos de cada día en oración y una semana al año en retiros del Opus Dei. Los sacerdotes del Opus Dei, unos 2.000, son numerarios ordenados. Los “supernumerarios”, que constituyen la mayor parte de los miembros del Opus Dei, pueden casarse y vivir en sus propios hogares, con algo menos de obligaciones espirituales. Se espera que todos los miembros den sus ganancias al Opus Dei, además de una modesta asignación para vivir.

Cuando a Ana María le dijeron que podría tener vocación, se imaginó supernumeraria. Podría tener una familia y cumplir sus sueños profesionales. Pero estaba equivocada, explicó un sacerdote de Ballyglunin. Arrodillada en el confesionario de la capilla, Ana María fue informada de que Dios le había dado la vocación de numeraria auxiliar.

Los numerarios auxiliares son un tipo poco conocido de miembros del Opus Dei. Al igual que las numerarias, las numerarias auxiliares son célibes que viven en centros del Opus Dei. Pero su vocación concreta, según las directrices internas del grupo en aquel momento, era la de “dedicar su vida al trabajo manual o a las tareas domésticas en los Centros del Opus Dei”, vocación “en la que deben permanecer”, presumiblemente de por vida. Actualmente hay supuestamente en el Opus Dei, unas 4.000 numerarias auxiliares.

Quinn estuvo de acuerdo en que Anne Marie estaba destinada a ser una de las que Escrivá llamaba sus “hijitas”, sus “amas de casa”. Quinn pasó un tiempo en Roma con Escrivá y ayudó a difundir su visión en Nigeria. Había tomado a Anne Marie bajo su protección desde el momento en que llegó a Roma. “Ahora es un buen momento, Anne Marie”, instó Quinn. “Escribe que estás pidiendo al Padre unírte al Opus Dei. Que quieres ser “numeraria auxiliar”.

Una luz tenue iluminaba la página mientras Anne Marie escribía. Fechó la carta y la metió en un sobre dirigido al padre Álvaro del Portillo, sucesor de Escrivá. “No le digas a tu familia que 'pitaste' todavía, claro”, advirtió más tarde una numeraria, utilizando el término que adoptó Escrivá para comparar a los miembros que solicitaban admisión a teteras en ebullición. “No entenderán tu vocación”.

Mónica, Buenos Aires.

La alarma de Mónica Espinoza sonó a las 5:55 de la mañana. Se levantó rápidamente de la cama, se arrodilló y besó el suelo. “Serviam”, -Te serviré-, dijo en voz alta. Luego, durante las siguientes 15 horas, trabajó.

Mónica era parte de una administración del Opus Dei cerca de Buenos Aires que atendía varios lugares de retiro y también era una escuela de hospitalidad para niñas, similar a las que Anne Marie y Teena asistían en Irlanda. Después de Europa, el Opus Dei se había extendido a América Latina, donde la cultura católica española poscolonial era particularmente congruente con las ideas de Escrivá.

Mónica creció en Bolivia, una de 10 hermanos. Era una niña fuerte y diligente. Los fines de semana barría el polvo rojo y candente de la iglesia local. Su cabello oscuro se rizaba en tirabuzones durante los veranos húmedos. Las oportunidades en su pueblo eran escasas y, en 1986, cuando Mónica tenía 16 años, ella y su hermana fueron enviadas a Argentina para

terminar su educación secundaria. Durante el largo viaje en autobús, una mujer se hizo amiga de ellas. Llevaba el pelo rubio peinado como las puntas plumosas de la hierba de la pampa que pasa. Se mantuvieron en contacto y al año siguiente, ambas hermanas habían pitado como numerarias auxiliares.

Inspirado por los primeros años de Jesús como carpintero, Escrivá enseñó a sus seguidores que el camino al cielo pasaba por la santificación del trabajo ordinario. "El trabajo de cada uno de nosotros. . . debe ser una ofrenda digna de nuestro Creador", dijo una vez. "En definitiva, una tarea completa e impecable".

Entonces Mónica y las otras chicas trabajaron como si su salvación dependiera de ello. Fregaron todos los alféizares de las ventanas, los zócalos y las manijas de las puertas. Hicieron brillar la parte inferior de cada asiento del baño. Cada toalla estaba doblada exactamente así. Si no fue perfecto, lo hicieron de nuevo.

Según las enseñanzas de Escrivá el descanso era peligroso. "Satanás y sus aliados nunca descansan".

Tómate unas vacaciones", advirtió. "Debéis luchar contra la tendencia a ser demasiado indulgentes con vosotros mismos". Así que las niñas hacían descansos sólo para dormir, comer o rezar.

Como numeraria auxiliar, Mónica siguió el plan espiritual diario prescrito por Escrivá para ayudar a los miembros del Opus Dei a acercarse a Dios: misa cada mañana, el rosario, dos sesiones de oración de 30 minutos, 15 minutos de lectura de textos religiosos, una visita al Santísimo Sacramento, así como las invocaciones y mortificaciones periódicas. Una vez a la semana, la administración se reunía en un "círculo", donde las numerarias que dirigían la clase les inculcaban el espíritu del Opus Dei. Se les enseñó el valor de la pobreza, la castidad, el ascetismo y la obediencia. Y, sobre todo, trabajo duro.

Anne arie, Irlanda

"Anne Marie, es tu padre". La numeraria le pasó el auricular. El corazón de Anne Marie se aceleró. Había recibido varias de estas llamadas de su familia, desde que el cardenal Basil Hume, arzobispo de Westminster, hizo públicas sus directrices para el Opus Dei. Hume era el sacerdote católico de mayor rango en Inglaterra y Gales en ese momento, y estaba alarmado por las historias que había oído sobre el grupo.

En 1981, Hume había advertido al Opus Dei que no reclutara a menores y que los padres de los jóvenes aspirantes a miembros debían participar en la decisión de ingresar. Dejó en claro que los miembros deben tener libertad para unirse o retirarse sin "presiones indebidas", y las actividades de la organización deben estar claramente identificadas.

Anne Marie no vio gran parte de la cobertura mediática resultante. Tenía 19 años y ahora vivía en la administración del Centro de Conferencias Lismullin en el condado de Meath. Los periódicos del centro tenían pulcros rectángulos recortados para proteger a los miembros de artículos que pudieran ser corruptores. Pero los padres de Anne Marie habían leído las

revelaciones que citaban a ex miembros, incluido un profesor de la Universidad de Oxford, que hablaba de tener sus mentes y acciones controladas. El Opus Dei negó las afirmaciones.

Poco después, el padre de Anne Marie vino de visita. Miró los manteles marrones, donde Anne Marie y las otras chicas comían los restos de la comida que servían a otros miembros en porcelana china. “Dios Todopoderoso”, murmuró. Fue entonces cuando comenzaron las llamadas, varios familiares llamaron para decirle a la adolescente que la querían en casa para siempre.

A veces Anne Marie tenía sus propias dudas. Un día, le preguntó a Mary Magrath, directora de Lismullin: “Señorita Mary, ¿a dónde va todo el dinero?”. El centro de conferencias parecía ganar mucho dinero con sus invitados bien vestidos, pero cuando las suelas de los zapatos de Anne Marie se desprendían, no le permitían ponerse nuevos.

Magrath la miró directamente a los ojos. “Si continúas hablando de estas cosas materialistas, Anne Marie, tú y tu familia iréis al infierno”.

En Lismullin, a cada niña se le asignó un director espiritual, una numeraria que lentamente abrió la cerradura de su alma. Después de una de las llamadas, Anne Marie recurrió a la suya en busca de orientación. Cuando dijo que la querían regresar a casa, la numeraria gritó. ¿Cómo podría Anne Marie no defender su vocación?

La siguiente vez que llamó su familia, Anne Marie tomó el teléfono de la pared y escuchó el pequeño clic que indicaba que alguien había contestado la otra línea en la oficina del director. Su padre llamaba desde una cabina telefónica del pueblo. “Vas a dejar el Opus Dei, Anne Marie. Ya nada de tonterías”, afirmó. “Tienes que volver a casa”.

“Pero es mi vocación. Es la voluntad de Dios”. Las manos de Anne Marie estaban húmedas. Podía sentir a los otros miembros reuniéndose silenciosamente en un semicírculo en el pasillo a su alrededor. Sus cabezas estaban inclinadas en oración silenciosa.

“¡Estás siendo manipulada, Anne Marie! Tienes que volver a casa”, gritó su padre.

“No, papá”.

Ana María colgó.

“Lo hiciste bien”, dijo su director espiritual, tocándola ligeramente en el hombro.

Teena, Londres

Teena se había sentido miserable desde que pitó. Poco después, Montero, su glamorosa confidente, dejó de reconocerla. La mujer mayor pasaba plácidamente por los pasillos, su anterior cuidado y atención perseguía a Teena como un fantasma viviente. Todo lo que había hecho era darle a Teena un cilicio, una cadena de metal con púas que debía atar alrededor de su muslo durante dos horas todos los días, y unas disciplinas, un látigo de cuerda con extremos anudados que debía usar en su espalda o sus nalgas mientras rezaba una oración.

Las mortificaciones forman parte del plan espiritual diario del Opus Dei y no se limitan a la carne. La ascesis es una manera de imitar la vida de Cristo, de llevar la cruz con él. Se animó a

Teena a ofrecer su sufrimiento, por pequeño o temporal que fuera, a Dios: sentarse en una posición incómoda, negarse a sí misma la comida que le gustaba.

La niña había dejado de comer. Se abrochó el cinturón de su uniforme una muesca más cada mes, hasta que no quedó ninguno. Añoraba los campos de Ballyroan. Pero cuando escribía cartas a su familia no sabía qué decir. Las numerarias leían todo lo que ella enviaba o recibía, para protegerla, decían, de pensamientos inmorales.

'Satanás y sus aliados nunca se toman vacaciones', advirtió Escrivá. Entonces las niñas tomaban descansos sólo para dormir, comer o rezar.

A lo largo de los años, Teena intentó huir varias veces, todas ellas en vano.

Durante la confesión y el encuentro individual con sus directores espirituales, se animó a las niñas a compartir y criticar sus pensamientos más íntimos. Los intentos de fuga de Teena se atribuyeron a su "mal espíritu". Cuando tenía 25 años, en 1987, fue trasladada de Irlanda a Londres. Ella vivía en una residencia de mujeres al lado de la sede del Opus Dei, cerca del Palacio de Kensington.

El centro en el que vivía Teena en aquel momento era una de las "obras corporativas" del Opus Dei, instituciones como colegios, universidades y residencias de estudiantes a las que la organización proporciona dirección espiritual. La Universidad de Navarra en España, por ejemplo, fue fundada por Escrivá en 1952. Su escuela de negocios en Barcelona, IESE, se encuentra constantemente en el nivel más alto de las clasificaciones mundiales de MBA del Financial Times. Muchas otras también son instituciones educativas de primera clase, incluidas dos escuelas privadas en las afueras de Washington, DC y dos en Londres.

Las obras corporativas no son propiedad del Opus Dei (no existe un "Opus Dei Limited") sino, por lo general, de organizaciones benéficas creadas por sus miembros. Esta estructura y los nombres anodinos de las obras alimentan las acusaciones de los críticos de que el Opus Dei oculta activos. También limita la responsabilidad jurídica del Opus Dei. Los contratos de trabajo de los miembros, por ejemplo, son responsabilidad de las personas o entidades que dirigen centros específicos, no del grupo religioso.

En Londres, la sede del Opus Dei (una hilera de seis casas adosadas de 5 millones de libras esterlinas en una calle junto a los jardines del Palacio de Kensington) es propiedad de la Asociación Educativa Netherhall. Netherhall posee varios otros edificios en la capital y sus administradores son todos miembros del Opus Dei. Pero el nombre no tiene ninguna referencia obvia al Opus Dei. De manera similar, Murray Hill Place, la sede estadounidense de la organización en Lexington Avenue en Nueva York, es propiedad de una organización sin fines de lucro del mismo nombre. Terminada en 2001, su construcción de 69 millones de dólares se pagó en parte con la venta de existencias farmacéuticas donadas al Opus Dei por un particular.

Es casi imposible calcular el valor mundial de las obras corporativas del Opus Dei. Rastreando las cuentas de las siete organizaciones benéficas propietarias de sus principales centros en el Reino Unido, calculé que declaran activos por más de 65 millones de libras esterlinas. Esto parece ser una subestimación significativa de los valores actuales, dado que otra organización benéfica afiliada al Opus Dei, la Fundación Educativa Dawliffe Hall, está vendiendo

actualmente dos enormes mansiones contiguas en el Chelsea Embankment de Londres por un precio inicial estimado de £24 millones.

Mónica, Roma

Después de servir en Argentina, Mónica fue llamada a Roma. Era difícil dejar pasar la oportunidad de estar cerca del Papa y caminar por el mismo camino que el Padre del Opus Dei. Mónica viajó a Italia con una visa de estudiante. Pero, aunque vivía en el Colegio Romano de la Santa Cruz, un seminario del Opus Dei, no estaba allí para estudiar. Ella debía cocinar y limpiar para los 200 hombres que allí vivían.

El Colegio Romano es un extenso complejo de villas. Cipreses y pinos se elevan sobre los tejados de terracota. Una red de pasillos subterráneos, apodada “el metro”, conecta la sección de mujeres con la de hombres. En la entrada de los pasillos subterráneos, Mónica siguió un mapa, cada línea hacia una estación de trabajo diferente codificada por colores. Ilustró el mapa mentalmente con destellos de los jardines que vio enmarcados a través de las ventanas de los hombres. La suya daba a una pared.

A Mónica no le pagaron por su trabajo. Los salarios ni siquiera se discutieron. Fue comprendió que el trabajo que hacía para su familia del Opus Dei lo hacía gratuitamente. Tenía unos cuantos euros de crédito al mes para gastar en lo básico: jabón, tampones, pasta de dientes. La mayoría de las veces las numerarias le entregaban cosas de un almacén. Cuando le permitían ir a una tienda (una o dos veces al año), regresaba, según las instrucciones, con los recibos.

En ocasiones especiales, a las niñas se les permitía utilizar la piscina de mujeres. Pero rara vez tuvieron tiempo. Una vez a la semana descansaban tres horas y, una vez al mes, se les permitía salir durante el día, siempre y cuando regresaran a preparar la cena. Por la noche, Mónica se metió en la cama exhausta.

Luego, empezó a no dormir. Su insomnio comenzó poco después del cumpleaños de su madre, cuando la reprendieron por llamar a casa sin permiso. Su ritmo de trabajo disminuyó. Al final, le dijeron que, si no trabajaba lo suficiente, tendría que regresar a Argentina. Para entonces, Mónica tenía 32 años y llevaba siete en Roma. Estaba contenta de regresar.

Dos años más tarde, el Papa Juan Pablo II dio al Opus Dei una última e inequívoca señal de apoyo. En octubre de 2002, unas 300.000 personas se reunieron en la plaza de San Pedro para presenciar la canonización de Escrivá. Retratos de ocho metros de altura del fundador del Opus Dei colgaban de las balaustradas de la Basílica de San Pedro mientras el Papa oficiaba desde un altar al aire libre. Apoyado frente a un micrófono, con la espalda encorvada y el discurso confuso debido al Parkinson, el pontífice de 82 años hizo la señal de la cruz con su mano derecha vacilante y declaró santo a Escrivá.

Anne Marie, Irlanda

Los padres de Anne Marie no le ofrecieron té. Su batalla con el Opus Dei se había intensificado a medida que se acercaba el cumpleaños número 21 de Anne Marie. Para aplacarlos, Magrath, director de Lismullin, acompañó a Anne Marie en una visita a su casa. Se aceptó con una condición: el padre de Anne Marie prometió por escrito que no intentaría retenerla. Antes del viaje, Magrath le entregó a Anne Marie un billete de 50 libras esterlinas. "Si necesitas huir", explicó.

En casa, los padres de Anne Marie la acomodaron en el sofá entre ellos. Los adultos intercambiaron una breve charla sobre el camino hasta allí y la lluvia.

"Nos iremos entonces", dijo finalmente Magrath. "Te recogeremos mañana, Anne Marie, después de misa".

Se pusieron de pie y los padres de Anne Marie rompieron su fingimiento. La agarraron de los brazos. "Ella no irá a ninguna parte", dijo su padre.

Anne Marie empezó a gritar. "Anne Marie quiere volver", dijo Magrath. "Ella no se va y eso es todo".

"Tu carta", recordó Magrath.

"Dije que no lo haría".

Esa noche, los padres de Anne Marie la acostaron en su habitación. Sus primeros meses en casa le recordaron cuando era niña viendo películas que sabía que le provocarían pesadillas. "Adelante, Anne Marie", dijeron sus padres. "Es hora de ser normal ahora". La llevaron a un concierto en el salón local con su hermano, los amigos se amontonaron de a dos en un asiento en su auto. Anne Marie se sentía fuera de lugar y parecía fuera de lugar, con su larga falda de tartán y su cárdigan morado de cuello alto. Pero luego entró y escuchó el riff de flauta y guitarra del himno de rock celta de los Horslips, "Trouble (With A Capital T)". Ella miró a su alrededor. ¿Estaban los demás escuchando esto? Ella pensó que había muerto y había ido al cielo.

Poco a poco dejó de ir a misa todos los días. Devolvió menos llamadas y cartas de su director espiritual. Se atiborró de periódicos, radio y televisión. Le mostraron las cosas básicas de la vida, cómo abrir una cuenta bancaria, comprar un billete de autobús y utilizar el teléfono público. Empezó a bailar de nuevo, compitiendo en un grupo de cuatro. En un baile, tomó su primer sorbo de cerveza y no le importó. Al final, Anne Marie pasó a la fuga de Magrath.

Una noche vio a Madonna en la televisión retorciéndose de espaldas en ropa interior de encaje y perlas. "Me haces sentir" . . . Como una virgen, tocada por primera vez".

Anne Marie no sabía dónde buscar. Había pasado seis años evitando la tentación y aquí estaba una mujer deleitándose en el pecado. Ella miró a través de sus manos.

Teena, Irlanda

El tren llegó a la estación de Portlaoise. Las lámparas iluminaban la plataforma con un brillo húmedo y amarillo. Dos figuras estaban en la luz esperando a Teena. Finalmente había abandonado el Opus Dei.

En Londres parecía que las cosas podrían mejorar. Después de un intento de huir, Teena había rogado y rogado poder estudiar en un politécnico en las afueras de la ciudad. Al final, la directora cedió. Pero un día, cuando una numeraria no pudo acompañarla a la universidad, Teena se encontró con un hombre después de clase para comer pizza. Esa noche confesó lo que había hecho y al día siguiente la llevaron cuatro horas al norte, hasta Thornycroft Hall, un centro de retiro a dos millas de la vivienda más cercana. Teena tocó fondo. Intentó quitarse la vida dos veces. Finalmente, las numerarias dijeron que no podían hacer nada más por su "mal espíritu".

En el viaje a casa, Teena osciló entre la euforia y el terror. Pensó que, habiéndose ido, ahora podría hacer cualquier cosa y también que podría morir al minuto siguiente.

Llevaba una pequeña maleta de tela y en el bolso una libreta, un pasaporte y un bolso vacío. Teena tenía 33 años y pesaba 43 kg. Para su madre y su hermana, parecía una niña. Destrozada. Cuando ella bajó del tren, abrieron los brazos y no hicieron ninguna pregunta. "Está bien, estás en casa".

Las numerarias vinieron a visitar a Teena varias veces, pero ella nunca regresó. Vivía con su hermana mayor, quien la cuidaba mientras dormía y comía. En su suave dormitorio de color rosa yeso, Teena pensó que el edredón era lo más preciado que había visto en su vida.

Su hermana le enseñó a vivir. Le sorprendió lo mucho más fácil para Teena encontrar la compañía de sus sobrinas adolescentes. Tenían la misma edad que tenía Teena cuando se fue de casa.

Después de un rato, el padre de Teena volvió en sí.

"Entonces. Te has ido", dijo.

"Sí."

"¿Estás bien?"

"Estoy bien."

El pausó. "Bueno, entonces", preguntó finalmente, "¿dónde vivirás a largo plazo?" Y dirigió la conversación hacia aspectos prácticos.

Anne Marie, Irlanda

Magrath entró en la sala de espera del hospital y se sentó junto a Anne Marie. Anne Marie llevaba más de un año en casa y hacía meses que no llamaba a nadie del Opus Dei. No tenía idea de cómo la habían encontrado en una cita médica de rutina. El rostro de Magrath estaba blanco de ira. "No hemos tenido noticias tuyas, Anne Marie", dijo la directora numeraria de Lismullin. Estás viviendo en pecado, estás viviendo una vida inmoral", rugió Magrath,

desesperada por no renunciar al alma de Anne Marie. "Mírate, ¿quién te dio este bolso? ¿Quién te dio permiso para comprar esa ropa? Tenemos un auto afuera, te llevará a confesarte. Ven."

Anne Marie había empezado a estudiar para obtener el título de bachillerato, el examen que normalmente habría realizado a los 18 años. Pagaba los cursos nocturnos trabajando como cocinera en un convento local, donde la trataban bien. Había hecho amigos además de sus hermanos: chicas unos años más jóvenes, adolescentes que estaban experimentando sus propias primicias. Cuando le preguntaron dónde había estado durante tantos años, dijo que trabajaba en Galway y Meath, y técnicamente no era mentira.

Anne Marie vestía diferente, actuaba diferente y hablaba diferente. Algunos de Los amigos de sus hermanos se burlaban de ella, poniendo a prueba su obediencia ciega. Si le pedían que hiciera una tarta de manzana, se marchaba inmediatamente. Pero poco a poco, Anne Marie empezó a preguntarse si realmente eran pecadores. Que quizás la gente hacía lo mejor que podía con lo que tenía.

Miró a Magrath. "No voy a ir", le dijo.

"¡Te llevaré ahora!".

"¡Yo no voy!"

Perpleja, Magrath se puso de pie y tiró del brazo de Anne Marie. Anne Marie se aferró a la pared. "¡Yo no voy!" ella gritó.

"Hay gente mirándote", Magrath bajó la voz y se sentó. Ella se puso rígida. "¿Estás pensando en dejar el Opus Dei?"

Mónica, Argentina

Cuando Benedicto XVI renunció en 2013, fue el primer Papa en hacerlo en 600 años. Al pronunciar su decisión en latín, el hombre de 85 años dijo que su edad significaba que "ya no era apto" para gobernar en un mundo "sujeto a tantos cambios rápidos". Benedicto, un pontífice profundamente conservador, era conocido como "el rottweiler de Dios" por su obstinada fidelidad a la doctrina de la Iglesia. El hombre que ocupó su lugar un mes después era muy diferente. El Papa Francisco, un jesuita argentino, pronto se ganó la reputación de ser un liberal comparativo. Si Benedicto vivió según la letra de la ley de la Iglesia, Francisco vive según su espíritu.

Francisco es el primer pontífice no europeo en la historia moderna, y los argentinos enloquecieron por la elección de su compatriota. Pero a Mónica le cuesta recordar los detalles de las celebraciones. Para entonces, ella estaba en una niebla medicada. Sufría de agotamiento crónico y depresión severa, pero apenas cedía en sus deberes. Algunas noches planchaba hasta las 2 de la madrugada. Una numeraria la acompañó a ver a un médico, también miembro del Opus Dei, quien le dio pastillas para dejarla inconsciente por las noches.

La hermana de Mónica, que años antes había abandonado el Opus Dei tras una crisis nerviosa, estaba preocupada por ella. Para mantenerse en contacto, le dio a Mónica un iPad de imitación y le ordenó que lo ocultara a los directores.

Un día, Mónica abrió el navegador y escribió "Opus Dei". Pronto encontró un sitio web en español, Opus Libros, donde los ex miembros publicaban de forma anónima sus experiencias. Los testimonios se quejaron de coacción, explotación y engaño. Casi cada párrafo hizo que a Mónica se le llenaran los ojos de lágrimas.

Quería ponerse en contacto con el fundador del sitio web, pero la directora de su centro conocía su correo electrónico y sus contraseñas de redes sociales. Le tomó varios meses, pero finalmente a Mónica se le ocurrió un plan. Pidió permiso para visitar a un familiar enfermo.

Cuando le dijeron que no había dinero, su hermana le envió el billete.

En 2015 salió de Argentina rumbo a Bolivia y nunca regresó. Dos años más tarde, monseñor Fernando Ocariz fue elegido nuevo jefe o prelado del Opus Dei. A diferencia de otros prelados anteriores, que fueron rápidamente ungidos obispos, Francisco no hizo lo mismo. Ocariz siguió siendo monseñor. A los ojos de muchos observadores religiosos, se trataba de una degradación del Opus Dei.

Mónica, Teena, Anne Marie

El mes pasado, Anne Marie, Teena y Mónica aparecieron en una cuadrícula de rostros. La llamada Zoom "ágora" es un foro semanal para discutir el Opus Dei. Fue iniciado en 2020 por ex miembros y recientemente se expandió al mundo de habla inglesa a través de un grupo de Reddit, llamado Opus Dei Exposed. El grupo tiene cientos de miembros.

Mónica fue la primera de las tres mujeres en encontrar la comunidad. Ahora tiene 55 años y vive con la familia de su hermana en las Baleares. La mayoría de las mañanas le gusta nadar a las 6 de la mañana, cuando el mar está en calma. Recientemente tuvo cáncer de mama y el ejercicio la ayuda a lidiar con los efectos secundarios de los medicamentos de quimioterapia. Tenía 48 años cuando dejó el Opus Dei y no tiene ninguna titulación. Ella trabaja como limpiando casas.

En 2021, Mónica y otros 42 ex numerarios auxiliares de América Latina acusaron al Opus Dei de esclavización en Argentina, denunciando a la organización en la prensa. Las mujeres están representadas por un abogado, pero aún no han presentado un caso civil. En respuesta, el Opus Dei creó una "oficina de curación y resolución" en Argentina y pidió a sus obras corporativas en la región que "revisen las cuestiones laborales y de seguridad social". La policía argentina está investigando.

Ese año, al otro lado del Atlántico, Ana María había decidido dejar atrás el Opus Dei. Se fue cuando era mucho más joven que Mónica o Teena y logró compensar con creces los años escolares perdidos. Estudió de noche y tiene un grueso expediente de certificados que lo acreditan. Ahora tiene 61 años y trabaja como coach ejecutiva después de una exitosa carrera en el servicio penitenciario irlandés.

Cuando se retiró del sector público, Anne Marie era gobernadora de la prisión de Portlaoise, una cárcel de alta seguridad en la ciudad donde el padre de Teena trabajó como sastre. El centro es conocido por encarcelar a sacerdotes abusivos. Anne Marie había intentado durante varios años ponerse en contacto con ex numerarias auxiliares de Irlanda, incluida Teena, pero no tuvo suerte. A finales de 2021, tras años de asesoramiento, recogió las pocas cartas y fotografías que conservaba de su paso por el Opus Dei y las quemó. "Adiós", dijo. "Adiós a la basura mala".

Pero luego, unas semanas más tarde, sonó su teléfono con una notificación sobre la denuncia argentina. Al cabo de una semana, estaba en una de las llamadas del ágora. Casi al mismo tiempo, finalmente se puso en contacto con algunos de sus compañeros irlandeses. Entonces, escuchó de Teena de la nada. Se dieron cuenta de que no estaban solos.

Teena ya no vive en Irlanda. Después de recuperarse en casa, pasó un tiempo en el Reino Unido y ahora vive en un pequeño pueblo de España. Pequeña y alegre, con gruesas joyas de plata y ropa de colores brillantes, Teena parece un duendecillo. Es difícil creer que tenga 61 años. Siente que el impacto de su paso por el Opus Dei ha obstaculizado todos los aspectos de su vida desde entonces. A diferencia de Ana María y Mónica, ella sólo recientemente empezó a hablar libremente sobre el Opus Dei. Hacerlo provoca pesadillas, migrañas y ansiedad. Tiene un amable perro gigante, medio mastín, y pasearlo ayuda. Trabaja como profesora de inglés y, por lo demás, vive la juventud que perdió ante el Opus Dei; ella y su pareja son grandes fanáticos del rock y venden recuerdos antiguos. Su situación financiera no es fácil, pero todavía siente ocasionales oleadas de euforia por ser libre.

Además de las numerarias auxiliares, entrevisté a 40 miembros antiguos y actuales del Opus Dei de todo el mundo para este artículo. La mayoría confirmó haber sido testigo de un trato de explotación hacia las numerarias auxiliares. Antes de que pudiera ponerme en contacto, el responsable de prensa del Opus Dei en el Reino Unido me habló de mi investigación. "No tenemos nada que ocultar", escribió. Desde entonces he pasado muchas horas con el afable caballero nacido en España, quien me explicó que ahora parte del trabajo doméstico se comparte. Los hombres de su centro preparan su propio desayuno y lavan la cena, dijo.

Cuando presenté las acusaciones específicas de este artículo a la oficina central del Opus Dei en Roma, un portavoz respondió: "Las experiencias de todos son válidas, y si algunas personas han resultado heridas mientras estaban en el Opus Dei, lo sentimos mucho. Nos gustaría pedir disculpas y, en su caso, poder modificar y reparar de la mejor manera posible". Varias numerarias auxiliares actuales con las que hablé dijeron que eligieron su vocación libremente y que la ven como una forma de mostrar el amor de Dios a través del cuidado doméstico. "La gente prospera en el entorno adecuado; queremos hacer de los centros un hogar", me dijo una mujer.

Del mismo modo, el Opus Dei afirmó que las numerarias auxiliares ya no tienen condiciones de vida ni de trato inferiores a las de otros miembros. "Somos conscientes de que, en el pasado, en algunos países, algunas de estas manifestaciones pueden haber ocurrido", dijo el portavoz. La organización dice que ahora cuenta con directrices para "evitar de forma proactiva cualquier tipo de asimetría en el trato, el estilo de vida y los aspectos materiales entre los miembros del Opus Dei".

Cuando se retiró del sector público, Anne Marie era directora de una prisión de alta seguridad conocida por encarcelar sacerdotes abusivos.

Esto parecía ser cierto en el caso de las numerarias auxiliares que conocí en el Reino Unido, en presencia de una numeraria. Tienen cuentas de Instagram, acceso a automóviles y estudian en la universidad. Se les paga por su trabajo. Pero varios miembros del Opus Dei en otros países, predominantemente en América Latina, me dijeron que aún persiste un sistema de castas eficaz.

La numeraria auxiliar que dejó el Opus Dei con la que hablé lo hizo en México en 2020, no está registrada en el sistema estatal de pensiones del país y me dijo que nunca recibió salario durante más de 34 años de servicio.

La mayoría de los centros mencionados en este artículo ahora están dirigidos por diferentes administradores, pero pude contactar con algunos miembros del antiguo personal que aún están vivos. Montero, que ahora tiene más de setenta años, dijo que no recordaba los detalles de la situación de Teena. “Trataba a todas las chicas por igual y todas nos queríamos mucho. Quizás por mi carácter y por ser española expresé mi cariño de una manera diferente a la de las mujeres irlandesas”, escribió. “Lamento profundamente si ese cariño fue interpretado como algo egoísta. No lo fue en absoluto. Sólo puedo disculparme si mis limitaciones o distracciones le causaron dolor”.

En una extensa carta, Mary Magrath, que ya tenía sesenta años, rechazó varios aspectos de los recuerdos de Anne Marie. Por ejemplo, no creía que fuera posible escuchar las llamadas telefónicas de las niñas y cuestionaba el tipo de manteles y cubiertos que se utilizaban en el centro. “Las palabras que se me atribuyen”, escribió Magrath, “no reflejan mi actitud hacia la vida y hacia las personas, y no estarían en consonancia con el enfoque general que adoptó ante las cosas. La acusación de que intenté obligarla a venir conmigo es totalmente falsa”. Recordaba a Anne Marie “como una persona vivaz, amante de la diversión y adorable que no parecía en modo alguno descontenta con su vida”.

Estas explicaciones no son suficientes para Teena, Anne Marie y Mónica. El año pasado prestaron testimonio sobre una denuncia presentada ante el Vaticano por ex miembros del Opus Dei. El documento de 20 páginas denuncia al grupo como una “secta destructiva” y lo acusa de ser cómplice de la trata de personas. (El Opus Dei “niega categóricamente” las acusaciones).

La denuncia pide la intervención del Papa. Hay señales de que Francisco podría estar escuchando. El año pasado, emitió enmiendas al derecho canónico sin previo aviso que alteraron la posición del Opus Dei dentro de la Iglesia. El cambio eliminó oficialmente la línea directa del Opus Dei con el papado. Enfatizó la responsabilidad de los miembros ante la autoridad de su obispo local. En respuesta, el Opus Dei ha tenido que revisar sus estatutos.

La medida del Papa ha sido ampliamente interpretada como un intento de reducir el poder del Opus Dei. Pero a Francisco se le acaba el tiempo. Tiene 87 años y fue hospitalizado varias veces durante el año pasado. Según los medios católicos, el deterioro de su salud ha provocado una campaña de lobby para influir en las próximas elecciones papales. Los conservadores esperan asegurarse de que quienquiera que lo reemplace no sea tan liberal.

Después de despedirnos de Ballyglunin, Anne Marie le envió un mensaje a su amiga Teena en WhatsApp. "El Opus Dei se hizo cargo del parque Ballyglunin en 1964", escribió. "Le quitaron su belleza y la usaron para sus propios fines. . . Pero Ballyglunin ha sobrevivido. Se ha defendido y su belleza está siendo restaurada con la ayuda de personas que se preocupan. Como lo que nos está pasando a nosotros".

...

Antonia Cundy es reportera de investigaciones especiales del Financial Times

Derechos de autor The Financial Times Limited 2024.

Todos los derechos reservados.